

## El gesto arabesco evidente e implícito en nuestros mestizajes

ALBERTO RUY SÁNCHEZ

EN UN GESTO generoso que agradezco y que algo tiene de excesivo, casi de arabesco, Christian Duverger me ha invitado a terminar este coloquio con una nota literaria evidentemente situada fuera del registro rigurosamente histórico que aquí se ha cultivado.

Christian conoce muy bien mis obsesiones, conoce las que aparecen en mis libros, sobre las que más de una vez hemos conversado. Y aún así fue inútil prevenirlo sobre lo poco que yo podría aportar a la escala precisa de esta reunión. Mi intervención es necesariamente periférica, apenas la coda que se ha querido añadir a esta composición de saberes históricos.

La mayoría de las conferencias aquí presentadas han hecho análisis de las crónicas escritas durante los primeros años de la Conquista. Hemos asistido a un interesantísimo despliegue de textos leídos desde diversos puntos de vista. Es mucho lo que he aprendido en estos días de este grupo excepcional de historiadores. Sus saberes y pasiones me han enriquecido y quiero creer que han aportado algo sustancial a la Historia de México. Por mi parte quisiera tan sólo sugerir una lectura adicional, una ruta que tal vez para algunos sería interesante explorar.

Comenzaría por proponer un corpus paralelo al de las crónicas. Lo formulo llanamente como una pregunta: ¿sería posible pensar que los objetos cotidianos de aquella época, las cosas, los usos de esas cosas, los gestos y las prácticas cotidianas constituyen otro texto que podría ser leído y analizado? Los objetos que trajeron y los objetos que encontraron. Pero sobre todo los que construyeron en esos primeros años, junto con las prácticas que los acompañaban.

Me he atrevido a proponer que es posible identificar ciertos gestos arabescos traídos a América por los españoles, queriendo incluir en este término el conjunto de manifestaciones que pueden ser consideradas de

origen andalusí en su forma, su historia o su contenido. Es decir, una lectura de las formas y los modos que podemos identificar como “lo árabe profundo” en nuestra cultura hispanoamericana. Y dentro de ello propongo que osemos incluir de manera muy significativa la práctica del mestizaje. El modo específico en el que éste se formula y se practica.

Ya veremos por qué se puede considerar al mestizaje un gesto arabesco. Uso la palabra ‘gesto’ no sólo como un movimiento cualquiera de los cuerpos sino como uno significativo y preciso que responde a un fenómeno cultural legible en esas prácticas.

Algunos de estos gestos son evidentes, otros se muestran implícitos bajo una normalización que los tiene integrados. Del mestizaje, en el sentido más amplio, se podrían discernir dimensiones que van más allá de lo racial evidente; más allá de lo religioso evidente y que pasan por las prácticas locales llenas de mezclas rituales complejas, santones y sincretismos; más allá de lo tecnológico, no tan evidente, y más allá de lo ampliamente cultural. Ese múltiple “más allá” es la cifra del gesto arabesco que sintetiza todas esas dimensiones y sus matices.

De la palabra ‘arabesco’ se ha dado una definición simplista en la mayoría de los diccionarios de lenguas europeas. Una definición decorativa. La Real Academia Española, con su usual actitud sombría simplemente anota: dorno compuesto de tracerías, follajes, cintas y roleos, y que se emplea más comúnmente en frisos, zócalos y cenefas.

El *Diccionario Larousse* nos dice:

1. Ornamento pintado o esculpido especial, de origen islámico o no, empleado en la decoración.

Aunque nos ofrece otras dos acepciones:

2. Línea ideal, sinuosa, que resume el ritmo esencial de una composición pintada, dibujada o esculpida.
3. Figura de equilibrio en la danza académica, de forma lineal, en la cual una pierna se apoya en el suelo (pie en punta o media punta) y la otra se eleva hacia atrás. El busto toma diferentes posiciones, un brazo tendido hacia delante y otro hacia atrás.

Yo prefiero utilizar el término ‘arabesco’ en el sentido que le da Louis Massignon en *En Islam, jardins et mosquées*; esto es, como conjunto de formas geométricas y sus derivaciones que son esencialmente significativas en las manifestaciones culturales y de civilización del Islam y que sintetizan tanto una idea de trascendencia y sentido de la vida como de apertura, para que quienes vean esas formas las completen con sus sentidos, su imaginación y su pensamiento.

Una lectura de los gestos arabescos de nuestra cultura implica emprender un viaje hacia nuestra geometría profunda. En consonancia con el concepto que transmite Massignon, el clásico antiguo Aziz Algosaibi escribió: “En cada vida hay una geometría secreta, en cada ciudad una composición de geometrías: un laberinto latente une y aleja nuestros cuerpos. Sólo el amor voraz, y el deseo de viajar y descubrir, permite ver y sentir el dibujo oculto que nos ata”.

Muchas veces cegada por el mito de que su única antigüedad es indígena, América vive ignorando cuáles son los múltiples hilos delgados que tejen su mestizaje. Algunas facetas sorprendentes del rostro múltiple de la España que descubrió y conquistó América comienzan a ser visibles de nuevo gracias al ojo atento y persistente de algunos investigadores. Saber distinguir la multiplicidad de España es una enseñanza paralela al descubrimiento de la diversidad indígena de América. Ambos esfuerzos de la sensibilidad se sitúan en un contexto en el que se comienzan a valorar, en varias regiones del mundo, las diferencias culturales. Y es un esfuerzo clave para comprender mejor la naturaleza de nuestros mestizajes.

Pero al americano común de hoy ya le cuesta trabajo pensar que la palabra ‘indígena’ encierra una diversidad enorme de culturas muy distintas. Sólo en México se detectan en el presente decenas de etnias bien diferenciadas. Y un indígena yaqui del desierto de Sonora, en el noroeste, no tiene nada en común con un maya de las selvas tropicales del sureste, ya no se diga con un mapuche del sur de Chile o un quechua del Perú. Todas estas culturas eran ya el producto de mestizajes distintos en el momento del descubrimiento de América.

Con más razón aún, al americano mestizo de estos días le es difícil pensar en qué consiste el carácter de la España que integra sus orígenes. Los mitos en los que ha sido educado le impiden pensar

que España es, a su vez, un producto de su propio mestizaje, anterior al momento de encontrarse con América. Y por lo tanto muchas veces no sabe que en la sangre de ese mestizaje se encuentra la rica vena andalusí. No andaluza (de Andalucía), sino andalusí, de la antigua España árabe, Al-Ándalus.

Así, aunque iberoamérica es en muchos sentidos una multiplicidad de culturas mestizas descendientes en gran parte de Al-Andalus, a ese hecho no se le ha dado la importancia debida en la difusión popular de la historia. En las escuelas, por ejemplo. Por eso, saber que el legado andalusí corre por nuestras venas resulta una novedad para muchos. Bajo el signo de lo mudéjar (permanencia de lo árabe en lo que ya como gobierno no lo es) podemos reconocer las huellas de ese mestizaje cultural español que llegó a América para establecerse y fundar los nuevos mestizajes iberoamericanos.

Es tan claro que lo mudéjar es la marca profunda de España que el español mismo, nuestra lengua, tiene aún cuatro mil palabras de origen árabe, según lo afirma el lingüista Antonio Alatorre en *Los 1001 años de la lengua española*. El español es, entonces, mudéjar. Es el mudéjar cultural por excelencia: el más profundo, el más persistente, el más penetrante, el más extendido en el espacio y el tiempo. Es por eso también el menos reconocible como tal a simple vista. Se vive con él y en él sin pensar en sus ingredientes. Se le usa. El lenguaje es nuestra gestualidad primordial. Nos parece el instrumento más natural que tenemos para hablar y escribir. Y lo mismo pasa con muchas de las obras mudéjares de América: no se ven de tanto tenerlas frente a los ojos. Descubrir las es retirarnos de la cara la cubierta cultural que ensombrece nuestra mirada. Partir a la búsqueda de lo mudéjar es lanzarnos a experimentar una mirada más profunda. Es ir al encuentro de nuestra geometría secreta.

Lo mudéjar es el conjunto de formas y maneras de hacer las cosas con las que llegan equipados los primeros españoles de América. Formas estéticas y maneras prácticas que, en el ámbito de la construcción por lo menos, seguirán claramente vigentes por lo menos dos siglos más.

Si el año del descubrimiento de América cae Granada, no puede caer bajo el mismo golpe la compenetración profunda de ocho siglos que habitan el cuerpo y el alma de gran parte de los españoles. Si un

poco más tarde, en el momento de la Conquista, la religión islámica de los más antiguos andalusíes ya está prohibida, y lo mismo el viaje de moriscos o el de “cristianos recientes” al Nuevo Continente, las maneras andalusíes de elaborar las cosas de todos los días eran las mismas que se usaban en muchos sitios de España y poco a poco también en los virreinos americanos. Lo mudéjar es la marca, la fórmula práctica de España que llega a construir América: una técnica mestiza altamente arabizada de hacer las cosas.

La cerámica vidriada que se hace en Tlaxcala y en Puebla es netamente mudéjar. A través de España, del pueblo de Talavera, nos llega esa tecnología árabe de hacer trastes de barro para las cosas de todos los días. Luego en España hubo otras influencias y la cerámica de Talavera dejó de parecerse a la que se implantó en la Nueva España. Pero en Marruecos, donde también se exportó desde la España andalusí, se conservan las formas de aquella época que marcó a México y sus cosas de barro vidriado. Era tecnología exportada, producto de una civilización que entonces era una de las más avanzadas en objetos útiles para la vida cotidiana.

De ahí que en la construcción de edificios americanos, durante dos siglos con consistencia, las formas mudéjares proliferen. Y aunque los techos de madera con su geometría asombrosa sean las huellas más evidentes, como el majestuoso artesanado de San Francisco en Tlaxcala, uno de los mejores de América, hay todo un concepto de la vida cotidiana que se mezcla relativamente con lo americano y crea un nuevo espacio mudéjar que aquí y allá sobrevive o ha sido documentado.

De ahí que hasta en los textiles actuales de los indígenas de Chiapas –que una mitología contemporánea quiere pensar como cien por ciento mayas– se encuentren evidentes motivos de los textiles bereberes del norte de África. Las tecnologías del tejido que trajeron los misioneros españoles y que se mezclaron con las tecnologías indígenas, acarrearón motivos que hoy podemos identificar como claramente maghrebinos pero que fueron andalusíes. No hay que olvidar que los últimos tres siglos de Al-Ándalus por lo menos, el principal componente racial fue berebere. Y que el Maghreb actual, como América hoy, es nieto de Al-Ándalus. La lana misma llegó con

el borrego a América. Así, los textiles indígenas son mudéjares a su manera. Lo son ciertas cerámicas y otras artesanías como las que se hacen con hojalata y madera. Especialmente las obras de taracea, pero también las columnas talladas que proliferan en Michoacán, en el centro de México. Estas son idénticas a las que se siguen haciendo en la región de Agadir, en la costa atlántica de Marruecos. El componente mudéjar está presente en gran parte de las artesanías americanas y en un descuido hasta en el carácter laberíntico de nuestros pueblos. Pero es tan extenso e innombrado como el origen y la proporción árabe-andaluza de nuestra lengua.

Y, a pesar de todo, la palabra ‘mudéjar’ sigue designando un enigma: una trama secreta que requiere ser señalada para ser vista. No con nostalgia, sino con asombro llano ante la belleza y la inteligencia de las formas: con alegría renovada de los sentidos ante las cosas que nos rodean.

De ahí que proponerse conocer los ámbitos mudéjares de México sea una verdadera promesa de aventura de los sentidos: lanzarse al descubrimiento de la armadura y las lacerías profundas que nos estructuran, nos unen y nos separan, nos ocultan, nos protegen y nos entregan.

Antonio de Nebrija, el autor de la primera gramática del español y del primer vocabulario de nuestra lengua, en 1492 emprendió una latinización masiva. Una violenta “purificación racial” de la lengua. Es muy significativo que la gran mayoría de las palabras de origen árabe que Antonio Alatorre señala como sobrevivientes a ese esfuerzo por borrarlas, pertenezcan de manera sobresaliente al ámbito de los oficios: la arquitectura, la creación de utensilios, las técnicas en general. Esas palabras vinieron a América con la tecnología para construir un nuevo mundo. Las cosas construidas para habitar, para vestirse, para convivir. Y en ese sentido, esas cosas con sus nombres y su tecnología forman un texto que podemos leer. Muchas de esas palabras subsisten aún en América y ya no en España. Nosotros nadamos en *albercas*, no en *piscinas* (palabra de raíz latina). Nosotros comemos *aceitunas*, no *olivas*. Nosotros tenemos casas recubiertas de geométricas lacerías que llamamos *ajaracas*, mientras que en España y sobre todo en Segovia, donde la *ajaraca* por influencia árabe se

convirtió en el carácter mismo de la ciudad, han perdido la palabra y la llaman simplemente *esgrafiado*, describiendo con empobrecimiento de la lengua tan sólo la técnica con que se hace. En museos de España (véase el recién renovado Museo Arqueológico de Madrid) llaman simplemente *botes* de farmacia a esos antiguos y bellos recipientes alargados de cerámica vidriada que nosotros conocemos siempre como *albarellos*. Esto por mencionar tan sólo un puñado de ejemplos entre miles.

Gran parte de las palabras sobrevivientes, porque no tuvieron equivalente de raíz latina en el esfuerzo de Nebrija, pertenecían al campo de la guerra. Esa otra tecnología evidentemente importante en América durante la Conquista. Pero la guerra de conquista traía el arma implícita que sabían usar cotidianamente los militares que vivieron los siglos de los reinos de Taifa en dos terceras partes de lo que ahora es España y Portugal. Los reinos de Taifa fueron largos años de alianzas y guerras entre ciudades-Estado que cambiaban de bando, incluyendo algunas veces su conversión religiosa. Un arma que consistía en aliarse con el enemigo de los enemigos y sellar esa alianza casando a hijos y capitanes con hijas y cortesanas de los reinos aliados. El arma de la alianza carnal que en América se convierte en el arma mudéjar del mestizaje.

Gesto arabesco tan importante y fundador como el del lenguaje y las tecnologías de la construcción y elaboración de las cosas cotidianas del nuevo mundo. Duverger señala claramente en su biografía del conquistador del mundo náhuatl la prohibición expresa de Cortés a sus hombres de traer mujeres de España. Al principio esa era la razón conquistadora: la alianza íntima con el enemigo de los enemigos. Una lacería de poderes y etnias trazada como geometría incluyente, abierta y al mismo tiempo formalmente visible como trascendente. Una nueva composición social y política. Es el arma del mestizaje estratégico, netamente mudéjar, lo que explica en gran medida las alianzas que aseguraron la posibilidad de la conquista de los imperios prehispánicos por un ejército inicialmente muy pequeño. Un factor guerrero que debería ser considerado por los historiadores al mismo nivel, si no más importante que las enfermedades y las armas.

El entramado mudéjar de la nueva sociedad americana, la Nueva España de gestos arabescos que la integran, tiene en la geometría arabesca un signo legible de su naturaleza. Un signo incluyente que más tarde será la base de la cultura barroca como confluencia de razas y estratos sociales, de lenguas y creaciones cotidianas que ya en la época de Sor Juana será la marca del Nuevo Mundo. Me atrevo a formular tan sólo una última hipótesis que señalaría hasta dónde llegan las implicaciones de nuestro gesto arabesco fundador: el barroco americano, no como estilo sino como proyecto de civilización que aún nos define en logros y carencias, no sería posible sin el gesto arabesco de nuestros mestizajes.